# Algunos trucos de seducción

Ahora que alumbra un nuevo año y a saber qué nos traerá (esperemos que no se parezca demasiado a sus dos antecesores) me gustaría inaugurarlo hablando de frivolidades. [El motivo,  es que tengo la impresión de que me estoy volviendo un poco abuela  cebolleta últimamente. O señorita Rottenmeier, sacando a colación semana tras semana algún nuevo dislate del variado repertorio que nos depara la actualidad. Por eso, para darle la bienvenida al 2022, voy a hablar de seducción. Hace varios años escribí para otro medio un artículo sobre el mismo asunto, en el que hablaba de cierto truco que aprendí de una maestra en seducciones   Es tan simple como infalible y consiste en alabar a quien quiera uno camelar su virtud menos destacada, da igual igual que se trate de un ligue, un cliente, un socio, etcétera). A un guapo, o guapa, por ejemplo, le aburre hasta las lágrimas que les hablen de su físico. Es más, les fastidia e incluso les deprime, porque ellos se consideran mucho más que una cara bonita. Lo mismo ocurre con una persona inteligente, hablar de sus dotes intelectuales es otro aburrimiento supino, como si no los  conociera  de sobra. Aun así −y el dato vale la pena tenerlo en cuenta−, como la vanidad anula hasta la inteligencia más preclara   de modo que  el Einstein de turno cae como un pichón cuando se le  dice que es sexi.  ] Aunque sea más feo que pegar a un padre, da igual. Primero porque  en efecto  hay  feos muy sexis y segundo porque, al ser esta una cualidad que depende de los gustos de quien mira, resulta perfectamente verosímil que uno encuentre sexi hasta a Quasimodo. El mismo truco es extrapolable a otros muchos atributos. Así a un tonto le encanta que le digan que es perspicaz, a un inculto que tiene sabiduría natural, a un tipo que solo se interesa por su físico que es un filósofo en potencia y a un empollón que es divertidísimo y súper enrollado. ¿No me creen? Hagan la prueba, la vanidad es el arma más  útil y letal cuando se trata de seducir a alguien. Eso sí, hay que adular de modo  verosímil la gente es fatua pero no tonta. Existe otro truco igualmente infalible a la hora de enamorar a alguien, pero me temo que este es un poco más complicado porque tiene por aliado a la verdad. A la verdad, sí, porque  a pesar  de que todos asociamos seducción con trampa, con camelo, con engaño, los seductores más grandes son los que no recurren  a ninguno de estos tres elementos. Esta lección la aprendí observando a uno de los hombres que más corazones ha roto, Luis Miguel Dominguín. Lo conocí cuando él tenía ya unos cuantos años, de modo que no me afectó su infalible truco ni caí envuelta en llamas. Pero sí pude, con la tranquilidad de ser inmune, estudiar su  técnica  y es esta.  Nada enamora tanto como el amor (siempre que uno sea más o menos querible, se entiende). Luis Miguel las enamoraba  porque él a su vez se enamoraba de todas. De unas diez minutos, de otra un día, de  la siguiente un mes, un año, casi nunca más de eso. Pero durante ese tiempo, durase lo que durase, no existía para él  en  todo el  universo mujer más irresistible ni ser tan angelical, sublime y extraordinario  que el objeto de sus amores. Y, cuando esto ocurría, el Luis Miguel enamorado se convertía en el compendio de todas las virtudes masculinas imaginables. No solo era el hombre enormemente atractivo que siempre fue. También era el más detallista, comprensivo, generoso, entregado y, por supuesto, enamorado hasta las trancas. Me sorprendió hace poco leer que ese amor tan intenso como fugaz era también el arma  de Giacomo Casanova. Así lo confiesa él en sus memorias. Lamento no tener a mano el pasaje para citarlo *verbatim*, pero dice  más o menos que su mayor gozo en esta vida  no fue ser amado por tantas mujeres sino amarlas a todas. ¿Curioso verdad?  Lástima que  truco tan bueno no se pueda fingir (por muy bien que se finja, no cuela o cuela muy poco rato) pero   al menos puede servir de advertencia a navegantes. Si alguien ve que un hombre o una mujer sensacionales caen rendidos a sus pies, que antes de enamorarse  también revise el currículum sentimental del interfecto. ¿Está lleno de corazones rotos? Mejor huir como la peste, seguro que se trata un Dominguín o un Casanova en potencia:  Hoy te adoro y mañana ¿Cómo era que te llamabas, monina?